

PARA QUÉ NOS CREÓ DIOS

Cuando Dios creó al ser humano, lo hizo para ejercer de dominador y no de dominado. Destruir en nosotros *querencias* y cosas o personas que nos son muy queridas, cuando *estas se opongan en el camino seco y serio de la santidad*. *A toda costa*.

Nunca se sintió tan complacido el Señor sino cuando era obedecido, y el pueblo era sano, fuerte y poderoso. *Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra*. (Isaías 66:2).

La desobediencia trajo la debilidad, la dependencia y el miedo a todo lo que no fuera el temor a Dios: *infundiré en sus corazones tal cobardía, en la tierra de sus enemigos, que el sonido de una hoja que se mueva los perseguirá, y huirán como ante la espada sin que nadie los hostigue*. (Levítico26:36).

Ahora dominados por los vicios que llaman libertades, por una feroz independencia y despego, *sin afecto natural*, y con notoria apelación al bien "social" cuando las cosas no le marchan bien, cada individuo es una isla de egoísmo en el que el primer axioma es "yo primero".

Esto hace que el orden cívico haga aguas en cada ocasión, y que el diálogo entre personas se inicie siempre entre la desconfianza y la agresividad.

Volviendo al relato anterior; *cruel le pareció a Saúl, así como inútil y lastimoso, destruir tan hermoso botín como habían capturado*. Vacas, ovejas, oro, plata, vestidos... y un botín de personas inmenso. ¿No sería más provechoso *ofrecerlo como sacrificio a Dios?*

Aunque Dios le había encomendado un mandamiento concreto, el pensó que a fin de cuentas Dios tendría que *agradecer* que él hubiese pensado hacer *esta ofrenda tan excelente y rica* (a semejanza de Caín).

El pensamiento es el mismo siempre, y con la coartada de *ofrecer a Dios algo que él no quiere*, y que aborrece por causa de la desobediencia y la necia justificación. Dios dice: *¿De que me sirve, dice Yahvé, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales engordados; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda eso de vuestras manos?...*

No me traigáis más vana ofrenda... Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos... Vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma... Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien... (Isaías: 1). Por boca de este profeta Dios rechaza la ofrenda con que se quiere sustituir la dedicación y el acatamiento a su palabra.

Son dos pasos ineludibles, para todo hombre que quiera ponerse a salvo de la ira de Dios contra el pecado y quien lo practica. El primero consiste en dejar de hacer el mal. Ya con este paso hay un avance importante para el que busca la verdad. El segundo y decisivo es hacer el bien. Una parte negativa contra el mal y la positiva para la práctica del bien. No se puede hacer el bien si previamente no hemos dejado de hacer el mal.

Seguimos después de esta breve digresión. También el pueblo israelita ya se alegraba de poder contar entre sus pertenencias un botín tan espléndido. Todas las vanas consideraciones del pensamiento irredento contra la voluntad expresa de Dios.

Samuel amonestó a Saúl cuando este quiso como coartada ofrecer el botín de Amalec en sacrificio, habiendo desobedecido y tratado de justificarse: *¿Se complace Dios tanto en los holocaustos y víctimas, como que se obedezca a su palabra?* (1º Samuel 15:22).

El pueblo perdonó a Amalec, y consintió convivir con los que Dios puso en sus manos para que los destruyera, y ocupara su lugar, para sustituir a los idólatras, y como consecuencia las corrupciones de los amorreos. Este proceder desobediente trajo la desgracia de todos: *Haced alianza con nosotros*, dijeron los gabaonitas. (Josué 9:6).

Esto mismo nos dicen las filosofías y prácticas paganas a nosotros, hoy ¿Hacer la paz es algo grande, pero a costa de qué? Estas alianzas que parecen nobles y buenas, son las que trajeron todo el mal al pueblo de Israel. Las consecuencias se dejaron ver muy pronto.